PENSAMIENTO Y CREACIÓN • Nº 16. JUNIO 2010 • 9 €

# elraptodeeuropa

## Haití. Catástrofe, masacre, duelo

Haiti: la revolución silenciada JUAN FRANCISCO MARTÍNEZ PERIA || El vudú haitiano: una cuestión de Estado JOAN GIMENO PRATS || El reino de este mundo ALEJO CARPENTIER || La oportunidad de Haiti FRANCISCO REY MARCOS || El futuro de Haiti: conocimiento, imagen y credibilidad de una nación JUAN A. DE CASTRO DE ARESPACOCHAGA

RAMÓN MAYRATA || ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA || REBECA DE LA CALLE SÁNCHEZ || CARMEN SIGÜENZA || MARÍA EUGENIA CASTRO

# LA OPORTUNIDAD DE HAITÍ

**Francisco Rey Marcos**
Codirector del Instituto de Estudios sobre Conflictos
y Acción Humanitaria (IECAH)

La historia ha sido cruel con los haitianos. Mucho antes de que el terremoto del pasado 12 de enero asolara el país y destruyera prácticamente su capital, Puerto Príncipe, numerosas circunstancias se han ido aliando de modo perverso a lo largo de su historia provocando una situación que el seísmo, simplemente, ha puesto de manifiesto de un modo dramático. Haití es hoy, como lo era hace unos meses o años, un caso claro de las llamadas "emergencias complejas": es decir, de situaciones en las que una suma de variables generan sufrimiento masivo en la población, que ve de modo cotidiano superados sus mecanismos de supervivencia, sus estrategias de afrontamiento, y entra en una crisis crónica de difícil salida.

Pero las razones de la extrema vulnerabilidad de todo tipo, económica, ecológica, social, política de Haití hay que buscarlas mucho más allá del movimiento telúrico. Sus causas son estructurales, se hunden en la turbulenta historia del país caribeño desde que, de modo pionero, se convirtiera en el primer país libre de América Latina y en la primera república negra. Ese afán liberador, narrado magistralmente por el cubano Alejo Carpentier en "El reino de este mundo", le ha costado caro al país en estos más de dos siglos, tanto metafórica como realmente. La obligación de pagar su "deuda" con Francia —antigua metrópoli que amenazaba con invadir otra vez el país— por valor de 150 millones de francos oro, hizo que Haití naciera ya endeudado y que no finalizara de pagar esa "deuda" hasta 1947. Cuando ya acumulaba otras muchas más. Por ello una verdadera refundación del país, término usado por el primer ministro haitiano Jean-Max Bellerive en estos días, debe comenzar por la anulación total de la deuda. Y

si la mezquindad y cicatería francesa marcaron, a modo de pecado original, los primeros años del nuevo Estado, pronto otros actores, tanto internos como externos, superaron a los colonizadores galos.

En efecto, tanto las élites haitianas consolidadas tras la independencia, como diversos gobiernos de los Estados Unidos que invadieron militarmente el país entre los años 1910 y 1934, contribuyeron a la no creación de un aparato estatal merecedor de ese nombre, y a la pauperización de las clases populares haitianas a las que de hecho despreciaban como a los antiguos esclavos. El más célebre de los escritores haitianos, Jacques Roumain, en su novela "Los fantoches" narra con tristeza este desprecio de las clases poderosas haitianas de la época hacia su propio pueblo. Las sucesivas dictaduras de los Duvalier que tiranizaron el país durante treinta años, hasta 1986, añadieron, además de la miseria y la falta de libertades, todos los ingredientes de la violencia y el miedo como formas de control social. Y la comunidad internacional miró para otro sitio durante aquellos años. La llegada de Jean-Bertrand Aristide al poder, tras las primeras elecciones democráticas en 1990, parecía abrir nuevas expectativas al país que, lamentablemente, no se pudieron consolidar. Tras varios golpes de estado, reposiciones en el poder, altibajos en su popularidad y aumento de la corrupción, finalmente abandonó el país en el año 2004 en medio de presiones internacionales evidentes, y con una sensación de frustración generalizada en la población haitiana. Desde entonces, los sucesivos gobiernos del Presidente Preval —antiguo colaborador de Aristide—, que ganó las elecciones en el año 2006, han tratado de fortalecer el aparato estatal en una situación que, *de facto*, tras la presencia de la MINUSTAH (Fuerza de Estabilización de la ONU) es de una gran dependencia externa, más parecida a un protectorado, que de autonomía y soberanía plenas. Evidentemente, Haití está en todas las listas de Estados frágiles o fallidos, pero esa denominación es engañosa y suele servir, como es el caso, para justificar cualquier intromisión en la soberanía estatal. La sociedad civil haitiana se ha ido consolidando y, aunque con mucha dependencia del exterior —se ha llegado a hablar de Haití como "República de las ONG"— es muy diversa y con algunas fortalezas como actor del desarrollo social y económico.

Hay que citar, aunque sea brevemente, que en el plano económico las decisiones de los organismos financieros internacionales FMI y Banco Mundial, las presiones e imposiciones de los Estados Unidos en materia comercial, así como la migración de muchos de los profesionales haitianos con mejor formación, han ido agravando la débil economía haitiana hasta niveles extremos. El caso del arroz, del que el país era un gran productor y que abandonó progresivamente para importar enormes cantidades de arroz estadounidense subvencionado, es uno sólo de los múltiples ejemplos de la responsabilidad de los organismos internacionales en la extrema pobreza de Haití. Y ello ha tenido nefastas consecuencias sobre la seguridad alimentaria del país y sobre las condiciones de vida de su población. A eso habría que añadir la tremenda deforestación que le hace ser muy vulnerable a los frecuentes huracanes y tormentas tropicales que sufre el país. El año 2008 fue especialmente duro con una serie de huracanes (Fay, Gustav, Hanna e Ike) que asolaron la isla. Junto a ello, la privatización de algunas empresas públicas como la cementera, o las nuevas posibilidades de empleo creadas con la instalación de maquilas de empresas estadounidenses que pagan salarios de vergüenza, no pueden ser vistas como alternativas ya que se basan en una sobreexplotación en condiciones de semiesclavitud de los trabajadores y trabajadoras haitianos.

Sin embargo, algunos analistas económicos eran bastante optimistas con las posibilidades de desarrollo del país antes del terremoto. A finales de febrero del año 2009, justo hace ahora un año, el economista Paul Collier por encargo del Secretario General de la ONU realizó un informe en el que planteaba algunas iniciativas de futuro basadas en diversos factores que él consideraba prometedores. El hecho de no estar étnicamente dividido, de tener un vecino estable como República Dominicana, o de no existir grupos subversivos organizados de alcance nacional o un ejército poderoso e influyente, son puntos de partida favorables. Además, el país cuenta con una importante diáspora en Norteamérica (tanto en EE.UU. como en Canadá) lo que implica un potencial inversor y de capital humano. Igualmente, la proximidad a los grandes mercados internacionales y los acuerdos comerciales muy ventajosos que dan acceso preferente al mercado de Estados Unidos, así como una mano de obra joven y abundante,

hacen que la base económica sea propicia. La crisis creada tras el terremoto, evidentemente, modifica algunas de estas cuestiones, pero otras deben ser vistas como potencialidades en torno a las que construir el país.

## Retos de la reconstrucción: hacia un estado viable en Haití

Si en algún lugar resulta adecuado el ideograma chino de crisis, que expresa tanto la idea de peligro como la de oportunidad, éste es Haití. La irrupción del pequeño país caribeño en los noticiarios, la ola de solidaridad creada en todo el mundo tras el terremoto —más allá de lo episódico y epidérmico de las primeras respuestas y de lo banal de muchos de los análisis—, la nueva situación creada en la isla de la Hispaniola con la nueva y positiva reacción de los dominicanos respecto de sus anteriormente olvidados vecinos, la actitud de las autoridades haitianas tras sobreponerse al *shock* de los primeros días, el papel que comienza a ser reconocido de la sociedad civil, los compromisos de apoyo de numerosos países de todo tipo y organismos internacionales que deberán concretarse en posteriores cumbres de donantes… todo ello nos habla de la oportunidad que se abre de construir un país sobre nuevas bases que superen, en alguna medida, las injusticias que han limitado su desarrollo en el pasado.

La comunidad internacional tiene una gran importancia en esta tarea y, tras años de aumento de los desastres en todo el mundo y, por tanto, de aumento de la respuesta a situaciones de reconstrucción, cuenta con experiencia acumulada suficiente que habría que aprovechar y no repetir errores de anteriores crisis. Pero, en cualquier caso, la refundación, construcción, rehabilitación... o cómo queramos llamarlo, debe ser un proceso de base endógena, autóctono, donde el principal protagonismo corresponde a los haitianos. Esa constatación, con todas las implicaciones que conlleva, debe ser lo primero que asuman todos cuantos organismos públicos y privados quieran sumarse a la tarea.

Por otra parte, no se trata como en otros casos de una reconstrucción de las infraestructuras dañadas o de vuelta a una "normalidad" en la que los servicios funcionaban con cierta eficacia. No. Se trata de construir un Estado viable que sea capaz de hacer frente a la satisfacción de las necesidades de su población en el medio plazo. Sin duda, se tratará de un Estado pobre, muy pobre incluso, pero que deberá asumir su papel en tanto que Estado soberano representativo de la población haitiana, y orientado hacia la resolución de los problemas de sus ciudadanos. No es de extrañar que, ante la gravedad de la crisis haitiana y la fragilidad manifiesta de sus instituciones, algunos propongan ideas de "Estado tutelado", o de simple y llano protectorado. Por el contrario, nosotros estamos convencidos de que la verdadera oportunidad que esta crisis abre es la de impulsar el proceso de construcción del Estado sobre nuevas bases. Y eso afecta a cómo se diseñe la cooperación internacional y los instrumentos de canalización de los fondos para la reconstrucción. La ayuda no puede contribuir a fragilizar aún más el ya débil aparato estatal haitiano, sino que debe tomar como objetivo central el fortalecerlo. Con los mecanismos de control, de garantía de transparencia y de rendición de cuentas que sean necesarios. Con las medidas, urgentes, de lucha contra la corrupción que se precisen. Con las condicionalidades que durante un tiempo parezcan oportunas. Pero con la vista puesta en un escenario de medio y largo plazo (diez años parecen razonables) en los que las instituciones haitianas sean capaces de asumir sus compromisos.

La refundación de Haití deberá ser, en cualquier caso, multifacética y equilibrada. La experiencia de casos anteriores muestra que poner demasiado énfasis en algunos aspectos (normalmente los relacionados con infraestructuras de gran "visibilidad") lleva a errores y a la inversión en sectores que finalmente tienen poco impacto social. Por ello, debe dedicarse el tiempo necesario a las tareas de planificación de las decisiones de medio largo plazo. También la experiencia muestra que el apresuramiento en la toma de decisiones de desarrollo conduce también a errores. Hay que diferenciar, por tanto, entre tareas urgentes de recuperación temprana o, incluso, de continuidad de la asistencia humanitaria durante algún tiempo —y esas deben ser tomadas cuanto an-

tes—, de otras que tienen que ver con diseños globales, urbanísticos, de reorganización territorial, de grandes infraestructuras, y que necesitarán tiempo. La reducción de riesgos de desastre debe ser un eje transversal de todas las medidas.

La situación creada tras el terremoto de Haití ha vuelto a poner de manifiesto las limitaciones del sistema internacional para responder a emergencias de este tipo. El caos de los primeros días, pese a que la respuesta internacional se movilizó más rápido que en ocasiones anteriores, fue enorme y las ansias de protagonismo de ciertos países minaron los esfuerzos multilaterales. Eso, que puede ser comprensible en los primeros días tras la emergencia, no puede repetirse en las fases de rehabilitación y reconstrucción. Junto al gobierno haitiano deberán ser los organismos internacionales y la ONU quienes lideren los esfuerzos. Y la presencia de medios militares deberá limitarse. No tiene ningún sentido que el presidente Obama decidiera priorizar el uso exclusivo de medios militares en una situación de este tipo. A menos que el objetivo fuera contener el flujo de inmigrantes hacia sus costas como ya sucediera en 1991, o mejorar aún más su posición geográfica en el Caribe. Pero eso, es otra historia.

En cualquier caso, para los actores de la cooperación para el desarrollo y, muy particularmente, para la cooperación española que, recordémoslo, es el tercer donante en importancia en Haití, lo que suceda a partir de ahora es un reto para los próximos años. Esperemos que logremos estar a la altura.

Madrid, 22 de febrero de 2010